



Bernal Díaz del Castillo

Historia verdadera de la conquista de la Nueva España

Antologada y puesta en español actual por Lorenzo Martín del Burgo

Introducción de Jordi Gracia

Epílogo de Andrea Martínez Baracs



Preámbulo

Es sabido que los cronistas muy famosos, antes de comenzar a escribir sus historias, hacen primero su prólogo y preámbulo con palabras y retórica muy elevadas, para dar luz y crédito a sus discursos, y que los curiosos lectores que los leyeren tomen gusto e interés por ellos. Y yo, como no sé latín, no me atrevo a hacer preámbulo ni prólogo aquí, aunque se necesitaría para elogiar los heroicos hechos y hazañas que hicimos cuando ganamos la Nueva España y sus provincias en compañía del valeroso e intrépido capitán don Hernán Cortés, que después, andando el tiempo, por sus heroicos hechos fue marqués del Valle. Para poderlo escribir tan sublimemente como merece, sería menester otra elocuencia y retórica mejor que la mía; pero lo que yo vi y en lo que me hallé peleando, como buen testigo de vista, yo lo escribiré, con la ayuda de Dios, muy llanamente, sin torcer ninguno u otro de los hechos. Y porque soy viejo de más de ochenta y cuatro años y he perdido la vista y el oído, y por mi ventura no tengo otra riqueza que dejar a mis hijos y descendientes salvo esta mi verdadera y notable narración, por ahora no hablaré ni informaré más que de mi patria y de dónde soy natural, y qué año salí de Castilla y en compañía de qué capitanes anduve militando y dónde tengo ahora mi residencia y vivienda, como verán en ella a continuación.

Capítulo I. Comienza la narración de la historia

Yo, Bernal Díaz del Castillo, vecino y regidor de la muy noble ciudad de Santiago de Guatemala, y autor de esta muy verdadera e ilustre historia, fui uno de los primeros descubridores y conquistadores de la Nueva España y sus provincias, y del cabo de Honduras e Higüeras. Soy natural de la muy noble e insigne villa de Medina del Campo, hijo de Francisco Díaz del Castillo, que fue regidor de ella y al que por otro nombre llamaban el Galán, y de María Díez Rejón, su legítima mujer, que hayan santa gloria, igual que todos los verdaderos conquistadores, mis compañeros, que hemos servido a Su Majestad en descubrir, conquistar, pacificar y fundar la mayoría de las provincias de la Nueva España, que es una de las buenas partes descubiertas del Nuevo Mundo, la cual descubrimos por nuestra cuenta, sin ser sabedor de ello Su Majestad.

Hablo aquí en respuesta a lo que han dicho y escrito personas que no llegaron a saber ni vieron ni tuvieron noticia verdadera de lo que contaron sobre esta historia, salvo para hablar a su gusto con el fin de ensombrecer, si es que pudiesen, nuestros muchos y notables servicios, porque no han logrado fama de ellos ni han sido tenidos en tanta estima como piensan ser dignos de merecer. Porque, como la malicia humana es de tal naturaleza, no querrían los malos retratadores que fuésemos antepuestos y recompensados como Su Majestad lo ha mandado a sus virreyes, presidentes y gobernadores.

Dejando estas razones aparte, escribo para que cosas tan heroicas como más adelante diré no se olviden ni las borren, para que claramente se conozcan como verdaderas, y para que se reprobren y se consideren de ningún valor los libros que sobre este asunto se han escrito, porque son muy defectuosos y ajenos a la verdad, y para que haya fama imborrable de nuestras conquistas.

Es justo que la historia de nuestras heroicas hazañas se ponga entre las más ilustres que han sucedido en el mundo, pues pusimos en peligro y aventuramos nuestras vidas a tan extremos riesgos de muerte, heridas e innumerables miserias, así por mar, descubriendo tierras de las que jamás se había tenido noticia, como de día y de noche, batallando con multitud de belicosos guerreros. Y estando tan lejos de Castilla; sin tener socorro ni ayuda ninguna, salvo la gran misericordia de Dios Nuestro Señor, que es el socorro verdadero, que quiso que ganásemos la Nueva España y la muy famosa y gran ciudad de Tenuztitlán-México, que así se llama, y otras muchas ciudades y provincias, que, por ser tantas, aquí no declaro sus nombres. Y después de que las tuvimos pacificadas y pobladas de españoles, como muy buenos y leales vasallos servidores de Su Majestad, obligados a nuestro rey y señor natural, con mucha obediencia se las enviamos a dar y entregar con nuestros embajadores a Castilla, y desde allí a Flandes, donde la corte de Su Majestad estaba en aquel momento. Y tantos bienes, como adelante diré, han redundado de ello, así como la conversión de tantos millones de almas que se han salvado y que cada día se salvan, que antes iban perdidas al infierno. Y además de esta santa obra, presten atención a las grandes riquezas que de estos lugares enviamos como presentes a Su Majestad y han ido y van cotidianamente, así como los impuestos del quinto real y lo que llevan muchas otras personas de todas clases.

Contaré la historia de quién fue el primero descubridor de la provincia de Yucatán y de cómo fuimos descubriendo la Nueva España y quiénes fuimos los capitanes y soldados que la conquistamos y poblamos, y otras muchas cosas que nos pasaron en las tales conquistas, que son dignas de saberse y no quedar en el olvido. Lo cual diré lo más brevemente que pueda y, sobre todo, con muy cierta

verdad, como testigo de vista. Pues si hubiese de decir y traer a la memoria parte por parte todos los heroicos hechos que en las conquistas hicimos cada uno de los valerosos capitanes y fuertes soldados que desde el principio nos hallamos en ellas, sería menester hacer un gran libro para declararlo como conviene y un cronista muy afamado que tuviera una elocuencia y retórica en el decir más claras que estas palabras mías tan mal proferidas, para poder publicar todo tan excelentemente como merece, según adelante verán en lo que está escrito. Pero en lo que yo me hallé y vi, entendí y recuerdo, yo lo escribiré con la ayuda de Dios con recta verdad, aunque no vaya con aquel adorno tan elevado y con el estilo delicado que se requiere, acercándome al parecer de los sabios varones, que dicen que la buena retórica y pulidez en lo que uno escribe implica decir la verdad, y no sublimar y decir halagos a unos capitanes y denigrar a otros, en especial en una historia como esta, que siempre habrá recuerdo de ella.

Y como yo no conozco el latín ni sé del arte de navegar ni de longitudes y latitudes, no trataré de estas cosas, porque, como digo, no las sé, salvo de las guerras y batallas y pacificaciones, ya que me hallé en ellas. Porque yo soy de los que vinieron primero desde la isla de Cuba, en compañía de un capitán que se llamaba Francisco Hernández de Córdoba. Trajimos de aquel viaje ciento diez soldados, descubrimos Yucatán y en la primera tierra en la que saltamos, que se llama punta de Cotoche, y en un pueblo de más adelante, que se llama Champotón, nos mataron a más de la mitad de nuestros compañeros, y el capitán salió con diez flechazos, y todos los demás soldados con dos o tres heridas. Viéndonos de aquel modo, hubimos de volver con mucho trabajo a la isla de Cuba, de donde habíamos salido con la armada. El capitán murió al llegar a tierra, de manera que de los ciento diez soldados que veníamos murieron cincuenta y siete. Después de estas guerras, volví por segunda vez desde la misma isla de Cuba con otro capitán que se llamaba Juan de Grijalva, y tuvimos otros grandes combates con los mismos indios del pueblo de Champotón, y en estas segundas batallas nos mataron a muchos soldados. Y desde aquel pueblo fuimos descubriendo por la costa hacia adelante, hasta llegar a la Nueva Espa-

ña, y pasamos hasta la provincia de Pánuco, y otra vez hubimos de volver a la isla de Cuba muy destrozados y agotados por las penalidades, con hambre y sed, y por otras causas que adelante diré en el capítulo que trate de ello.

Volviendo a mi cuento, vine la tercera vez con el venturoso y valiente capitán don Hernán Cortés, que después, andando el tiempo, fue marqués del Valle y tuvo otros títulos y honores. Digo que ningún capitán ni soldado fue a Nueva España tres veces seguidas, una tras otra, como yo. De manera que soy el más antiguo descubridor y conquistador que ha habido y hay en la Nueva España, pese a que muchos soldados llegaron dos veces a descubrirla: una con el capitán Juan de Grijalva, ya por mí mencionado, y otra, con el valeroso capitán Hernán Cortés; pero ninguno lo hizo tres veces consecutivamente, porque si alguno vino al principio con Francisco Hernández de Córdoba, no vino la segunda con Grijalva ni la tercera con el valiente Cortés. Y Dios ha querido guardarme de muchos peligros de muerte, así en este trabajoso descubrimiento como en las muy sangrientas guerras mexicanas. Y le doy muchas gracias y alabanzas por ello, para que diga y declare bien lo sucedido en las mismas guerras.

Además de esto, reflexionen y piensen bien los curiosos lectores que, teniendo yo en aquel tiempo alrededor de veinticuatro años y encontrándome en la isla de Cuba, cuyo gobernador, que se llamaba Diego Velázquez, pariente mío, me prometió que me daría indios de los primeros que quedasen libres, no quise aguardar a que me los diesen. Siempre tuve celo de buen soldado, el que estaba obligado a tener, así para servir a Dios y a nuestro rey y señor, y procurar ganar honra, como los nobles varones deben buscarse la vida e ir de bien en mejor. No me echaron atrás la muerte de los compañeros que en aquellos tiempos nos mataron, ni las heridas que me dieron, ni las fatigas ni los trabajos que pasé y pasan los que van a descubrir nuevas tierras, como en las que nosotros nos adentramos: ¡siendo tan pocos compañeros, entramos en tan grandes poblaciones llenas de multitud de belicosos guerreros! Siempre fui adelante, y no me quedé rezagado en las muchas facilidades y comodidades que había en la isla de Cuba, según más claro verán en

esta historia, que se inicia el año de 1514, en el que vine de Castilla y comencé a servir en lo de Tierra Firme y a descubrir Yucatán y la Nueva España.

Como mis antepasados y mi padre y mi hermano siempre fueron servidores de la Corona Real y de los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel, de muy gloriosa memoria, quise parecerme en algo a ellos. En aquel tiempo, año de 1514, vino como gobernador de Tierra Firme un caballero que se llamaba Pedrarias Dávila, y acordé venirme con él a su gobernación. Y, por acortar palabras, no diré lo acaecido en el viaje, sino que, unas veces con buen tiempo y otras con malo, llegamos a la ciudad de Nombre de Dios, porque así se llama. A los tres o cuatro meses desde que llegamos allí, hubo una epidemia de peste, de la cual se murieron muchos soldados, y todos los demás caímos enfermos y nos salieron unas llagas malas en las piernas. También hubo diferencias entre el gobernador y un hidalgo que en aquel momento estaba allí como capitán y había conquistado aquella provincia, el cual se llamaba Vasco Núñez de Balboa, hombre rico, con quien Pedrarias Dávila casó a una de sus hijas, que se llamaba doña Fulana Arias de Peñalosa. Y después de que la hubo desposado con Núñez de Balboa, tuvo sospechas de que el yerno quería sublevarse con un grupo de soldados contra él para irse por el mar del Sur, y por sentencia le mandó degollar y ajusticiar al resto de los soldados. Y desde que vimos lo que tengo dicho y otras revueltas entre sus capitanes, y llegamos a saber que la isla de Cuba había sido recientemente ganada y poblada, y que estaba en ella de gobernador un hidalgo que se llamaba Diego Velázquez, natural de Cuéllar, ya mencionado antes por mí, acordamos ciertos caballeros y personas de importancia de los que habíamos venido con Pedrarias Dávila pedirle licencia para irnos a la isla de Cuba. Él nos la dio de buena voluntad, porque no tenía necesidad de tantos soldados como los que trajo de Castilla para combatir, porque ya no había qué conquistar, pues todo estaba en paz, ya que Vasco Núñez de Balboa, su yerno, lo había conquistado, y aquella tierra de por sí es muy pequeña y con pocos recursos.

Cuando obtuvimos la licencia, nos embarcamos en un buen navío y con buen tiempo llegamos a la isla de Cuba y fuimos a ofre-

cer nuestros servicios al gobernador; y él se alegró con nosotros y nos prometió que nos daría indios cuando algunos quedasen libres. Y como habían ya pasado tres años, durante los que estuvimos en Tierra Firme y en la isla de Cuba, y no habíamos hecho cosa ninguna que sea de contar, acordamos juntarnos ciento diez compañeros de los que habíamos venido de Tierra Firme y de los que en la isla de Cuba no tenían indios. Pactamos para que fuese nuestro capitán un hidalgo que se llamaba Francisco Hernández de Córdoba, que ya le he nombrado antes y era un hombre rico y tenía una encomienda de indios en aquella isla, porque era el más apto para ello, para irnos de aventura a buscar y descubrir tierras nuevas en las que emplear nuestras personas. Y con aquel fin compramos tres navíos, dos de gran tamaño y otro un barco que nos prestó el propio gobernador Diego Velázquez, con la condición de que antes de que nos lo diese nos habíamos de comprometer a ir con aquellos tres navíos a unas isletas que estaban entre la isla de Cuba y Honduras, que ahora se llaman las islas de los Guanajes; y que habíamos de entrar en guerra con los indios de aquellas islas y cargarlos en los navíos para servirse de ellos como esclavos y pagar el barco. Cuando vimos los soldados que aquello que nos pedía Diego Velázquez no era justo, le respondimos que lo que decía no lo mandan ni Dios ni el rey: ¡que hiciésemos esclavos a los libres! Y cuando vio nuestro propósito, dijo que era mejor ir a descubrir nuevas tierras, en lugar de lo que él decía; y entonces nos ayudó con cosas para la expedición.

Me han preguntado ciertos caballeros curiosos que para qué escribo estas palabras que dijo Diego Velázquez sobre vendernos su navío, porque parecen feas y no habían de ir en esta historia. Digo que las pongo por los pleitos que nos pusieron después Diego Velázquez y el obispo de Burgos, arzobispo de Rosano, que se llamaba don Juan Rodríguez de Fonseca. Y volviendo a mi historia, cuando nos vimos con tres navíos y provisiones de pan cazabe, que se hace de unas raíces de mandioca, compramos puercos, que costaban a tres pesos, porque en aquel momento no había en la isla de Cuba vacas ni carneros, porque entonces se comenzaba a poblar, y otras provisiones de aceite. Compramos también cuentas de piedras de

colores y cosas de poca valía para intercambiar oro y plata con los indios, y buscamos tres pilotos. El principal de ellos, y el que dirigía nuestra expedición, se llamaba Antón de Alaminos, natural de Palos, y el otro se llamaba Camacho de Triana, y el tercer piloto era Juan Álvarez el Manquillo, natural de Huelva. Asimismo, reunimos a los marineros que necesitábamos y los mejores accesorios que pudimos de cables, maromas, anclas y toneles para llevar agua, y toda otra serie de cosas convenientes para seguir nuestro viaje, y todo ello con nuestros propios gastos. Y después de que nos reunimos con todos nuestros soldados, fuimos a un puerto que se llama en la lengua de los indios Ajaruco, en la banda del norte, y que estaba a ocho leguas de una villa que entonces se había fundado, llamada San Cristóbal, que de allí a dos años la pasaron adonde ahora está situada La Habana. Para que nuestra armada fuese encaminada con buen fundamento, trajimos a un clérigo que estaba en la misma villa de San Cristóbal, que se llamaba Alonso González, el cual se fue con nosotros. Además, elegimos como inspector a un soldado que se llamaba Bernaldino Íñiguez, natural de Santo Domingo de la Calzada, para que, si Dios nos encaminase a tierras ricas y gente que tuviese oro o perlas o plata y otras riquezas, hubiese entre nosotros una persona que guardase el quinto real. Y después de que tuvimos todo esto preparado y oímos una misa, encomendándonos a Dios Nuestro Señor y a la Virgen Santa María Nuestra Señora, su bendita madre, comenzamos nuestro viaje de la manera que diré.

Capítulo II. Cómo descubrimos la provincia de Yucatán

El día 8 del mes de febrero de 1517 salimos de La Habana, del puerto de Ajaruco, que está en la banda del norte, y en doce días doblamos la punta de San Antón, que en la isla de Cuba se llama también la Tierra de los Guanajatabeyes, que son unos indios como salvajes. Doblada aquella punta y puestos en alta mar, navegamos a nuestra ventura hacia donde se pone el sol, sin saber de los bajos ni de las corrientes ni de qué vientos suelen predominar en aquella latitud, con gran riesgo de nuestras personas, porque en aquella sazón nos vino una tormenta que duró dos días con sus noches, y fue tal que estuvimos a punto de perecer. Abonanzó y reanudamos nuestra navegación y, pasados veintiún días desde que habíamos salido del puerto, vimos tierra, de lo que nos alegramos y dimos muchas gracias a Dios. Aquella tierra jamás se había descubierto ni se había tenido noticia de ella hasta entonces. Desde los navíos vimos un gran pueblo que, al parecer, estaba a dos leguas de la costa. Y viendo que era una gran población y que no habíamos visto en la isla de Cuba ni en La Española ningún pueblo tan grande, le pusimos por nombre el Gran Cairo. Y acordamos que con los dos navíos de menor tamaño nos acercásemos lo más posible a la costa para ver si habría suficiente fondo para que pudiésemos anclar junto a tierra. Y una mañana, la del 4 de marzo, vimos venir diez canoas muy grandes, que se llaman piraguas, llenas de indios de aquella ciudad, que venían a gran velocidad. Son canoas hechas

en forma de cajones rectangulares, grandes y de maderos gruesos y cóncavos, que están huecos; y todas están hechas de una pieza, y hay muchas de ellas en que caben cuarenta indios.

Quiero volver a mi historia. Llegados los indios con las diez canoas cerca de nuestros navíos, con señas de paz que les hicimos, y llamándoles con las manos y haciéndoles señales con nuestras capas para que nos viniesen a hablar, porque entonces no teníamos intérpretes que entendiesen la lengua de Yucatán y la mexicana, vinieron sin temor ninguno, y entraron en la nave capitana algo más de treinta de ellos; les dimos a cada uno un collar de cuentas verdes, y estuvieron mirando durante un buen rato los navíos. El jefe de ellos, que era el cacique, dijo por señas que se querían volver a sus canoas e irse a su pueblo; que otro día volverían y traerían más canoas para que saltásemos en tierra. Venían estos indios vestidos con camisetas de algodón como chaquetas, y cubiertas sus vergüenzas con unos taparrabos estrechos, que ellos llaman masteles. Y los tuvimos por hombres más cuerdos que a los indios de Cuba, porque andaban los de Cuba con las vergüenzas al aire, excepto las mujeres, que traían hasta los muslos unas ropas de algodón que llaman naguas.

Volvamos a nuestro cuento. Al día siguiente por la mañana volvió el mismo cacique a nuestros navíos y trajo doce canoas grandes, que ya he dicho que se llaman piraguas, con indios remeros; y dijo por señas, con cara muy alegre y muestras de paz, que fuésemos a su pueblo y que nos darían comida y lo que hubiésemos menester, y que en sus canoas podíamos saltar en tierra. Estaba diciendo en su lengua: «Cones cotoche, cones cotoche», que quiere decir: «Andad acá, a mis casas». Y por esta causa pusimos el nombre a aquella tierra de punta de Cotoche, y así está en los mapas de navegación. Pues viendo nuestro capitán y todos los demás soldados los muchos halagos que nos hacía aquel cacique, fue acordado que sacásemos nuestros botes de los navíos, y que en uno de los navíos pequeños y en las doce canoas saltásemos en tierra todos de una vez, porque vimos la costa toda llena de indios de aquel poblado que se habían juntado. Cuando el cacique nos vio en tierra y que no íbamos a su pueblo, dijo otra vez por señas al capitán que fuésemos con él

a sus casas. Y tantas muestras de paz nos hacía, que, consultándolo con el capitán, la mayoría de soldados acordó que, con la mejor provisión de armas que pudiésemos llevar, fuésemos con él. Llevamos quince ballestas y diez escopetas, y comenzamos a caminar por donde el cacique iba con otros muchos indios que le acompañaban. Y yendo de esta manera, cerca de unos montes llenos de maleza, el cacique comenzó a dar voces para que saliesen a por nosotros unos escuadrones de indios guerreros que tenía escondidos allí para matarnos; y tras las voces que dio, los escuadrones vinieron con gran furia y premura, y comenzaron a flecharnos, de forma que con la primera rociada de flechas nos hirieron a quince soldados. Traían armaduras de algodón que les cubrían hasta las rodillas, y lanzas, escudos, arcos y flechas, hondas y muchas piedras, y llevaban penachos de plumas en sus cabezas. Y luego, tras las flechas, se acercaron a combatirnos cuerpo a cuerpo, y con los golpes que nos daban usando las lanzas con toda la fuerza de sus manos nos hacían mucho daño. Pero quiso Dios que después les hicimos huir cuando conocieron el buen cortar de nuestras espadas y las ballestas y escopetas, de manera que quedaron muertos quince de ellos.

Un poco más adelante de donde nos dieron aquella refriega había una placeta y tres casas de cal y canto que eran cúes, unos templos y adoratorios donde tenían muchos ídolos de barro: unos con caras de demonios, otros con formas de mujeres y otros de otras malvadas figuras, de manera que, al parecer, estaban haciendo sodomías unos indios con los otros. En el interior de las casas tenían unas cajas pequeñas de madera con otros ídolos dentro, y unas medallitas de cobre con un baño de oro, y unos colgantes, tres diademas y otras piezas pequeñas en forma de pescadillos y pavos, y todo de pocos quilates. Y desde que vimos tanto el oro como las casas de cal y canto, estábamos muy contentos, porque habíamos descubierto tal tierra; porque en aquel tiempo ni se había descubierto el Perú ni todavía se descubrió de ahí a veinte años. Y cuando estábamos batallando con los indios, el clérigo González, que iba con nosotros, cargó con las cajas, los ídolos y el oro, y los llevó al navío. En aquellas escaramuzas capturamos a dos indios, que después de bautizarse se llamaron uno Julián y el otro Melchorejo, y ambos

eran bizcos. Acabado aquel enfrentamiento, nos volvimos a los navíos y acordamos proseguir por la costa hacia adelante, hacia donde se pone el sol; y después de curados los heridos, nos hicimos a la mar. Y lo que más nos pasó a continuación lo diré.

Libros del Asteroide

Capítulo III. Cómo seguimos adelante por la costa hacia el poniente, descubriendo puntas, bajos, ensenadas y arrecifes

Creyendo que aquella tierra era una isla, como nos lo aseguraba el piloto Antón de Alaminos, íbamos con mucho cuidado, navegando de día y resguardándonos de noche. Tras quince días en que fuimos de esta manera vimos desde los navíos un pueblo que parecía de tamaño considerable, y había cerca de él una bahía y una ensenada grandes. Creímos que habría allí un río o un arroyo donde pudiésemos tomar agua, porque teníamos gran falta de ella, a causa de que los toneles y vasijas que traíamos no venían bien cerrados, porque como nuestra expedición era de hombres pobres no teníamos el oro que convenía para comprar buenas vasijas y cuerdas. Así que tuvimos que saltar a tierra junto al pueblo. Y fue un domingo de san Lázaro, y por esta causa pusimos a aquel pueblo, que los indios llaman Campeche, el nombre de Lázaro, y así está en los mapas de navegación. Para llegar todos en el mismo viaje acordamos ir en el navío más chico y en las tres embarcaciones pequeñas con nuestras armas, no nos sucediese como en la punta de Cochoche. En aquellas ensenadas y bahías baja mucho el nivel del mar, y por esta causa dejamos los navíos anclados a más de una legua de tierra y fuimos a desembarcar cerca del pueblo. Y había allí un buen pozo de agua, donde los naturales de aquella población bebían, porque en aquellas tierras, según hemos visto, no hay ríos; y sacamos los toneles para llenarlos de agua y volvernos a los navíos. Cuando ya estaban llenos y queríamos embarcarnos de nuevo, vi-

nieron del pueblo alrededor de cincuenta indios, con buenas mantas de algodón, en son de paz, y parecía que eran caciques. Y nos dicen por señas que qué buscábamos, y les dimos a entender que tomar agua e irnos enseguida a los navíos, y nos señalaron con las manos que si veníamos de donde sale el sol y decían: «Castilán, castilán»; y no prestamos atención bien a lo de «castilán».

Y después de esta charla nos dijeron por señas que fuésemos con ellos a su pueblo, y estuvimos discutiendo si iríamos o no, y decidimos de común acuerdo ir muy sobre aviso. Y nos llevaron a unas casas muy grandes, que eran templos de sus ídolos, y estaban bien construidas de cal y canto, y tenían reproducidas en unas paredes muchas imágenes de serpientes, culebras grandes y otras pinturas de ídolos de malvadas figuras, alrededor de una especie de altar, lleno de gotas de sangre. Y en otra parte del templo tenían una especie de signos en forma de cruces, y todo pintado, de lo cual nos admiramos como de una cosa nunca vista ni oída. Según parecía, en aquella ocasión habían ofrecido en sacrificio algunos indios a sus ídolos, para que les diesen victoria contra nosotros; y andaban muchas indias riéndose y divirtiéndose, y al parecer sin ánimo de pelea. Como se juntaban tantos indios, temimos que hubiese alguna emboscada como la pasada de Cotoche. Y estando de esta manera, vinieron otros muchos indios, que traían mantas muy raídas, cargadas de carrizos secos, que pusieron en un llano. Y luego, tras ellos, vinieron dos escuadrones de arqueros, y con lanzas, escudos, hondas y piedras y con sus armaduras de algodón, dispuestos en formación con su capitán en cada escuadrón, los cuales se situaron a poca distancia de nosotros. En aquel mismo instante salieron de otra casa, que era también un adoratorio de ídolos, diez indios que traían puestas mantas de algodón largas que les llegaban hasta los pies, y eran blancas; y los cabellos muy largos, manchados de sangre y muy revueltos, que no se pueden esparcir ni tampoco peinar si no se cortan. Aquellos indios eran sacerdotes de ídolos, que en la Nueva España comúnmente se llamaban papas, y así los llamaré de aquí en adelante.

Aquellos papas nos trajeron sahumeros para una especie de incienso, que entre ellos llaman copal; y con braseros de barro llenos

de ascuas nos comenzaron a echar el humo, y por señas nos decían que nos fuésemos de sus tierras antes de que prendiesen fuego a aquella leña que allí habían juntado y acabase de arder; si no, que nos atacarían y matarán. Y luego mandaron prender los carrizos, y se fueron los papas sin hablarnos más. Los indios que estaban dispuestos en los escuadrones para atacarnos comenzaron a silbar y a tañer sus bocinas y timbales. Cuando los vimos de aquella manera muy fieros, y como de lo de la punta de Cotoche aún no teníamos sanas las heridas (e incluso se nos habían muerto dos soldados, que echamos al mar), y vimos grandes escuadrones de indios encima de nosotros, tuvimos miedo y decidimos de común acuerdo irnos a la costa. Y comenzamos a caminar por la playa hacia adelante hasta llegar cerca de un peñón que está en el mar. Los botes y el navío chico fueron navegando cerca de la costa, con los toneles y vasijas de agua; y no nos atrevimos a embarcar junto al pueblo donde habíamos desembarcado, por el gran número de indios que allí estaban aguardándonos, porque tuvimos por seguro que al embarcar nos atacarían. Una vez metida nuestra agua en los navíos y embarcados, comenzamos a navegar seis días con sus noches con buen tiempo, y volvió un viento norte, que sopla de costado en aquella costa, que duró cuatro días con sus noches, por el que estuvimos a punto de naufragar; que había un temporal tan violento, que nos hizo anclar el barco, y se nos quebraron dos cables, que iba ya retrocediendo un navío. ¡Oh, en qué dificultad nos vimos! En ventura de que, si se quebrara el cable, nos íbamos a pique. Y quiso Dios que se ayudaron con otras maromas y cuerdas gruesas.

Una vez calmado el tiempo, seguimos avanzando adelante por la costa, acercándonos a tierra cuanto podíamos para volver a tomar agua, que, como ya he dicho, los toneles que traíamos no venían bien cerrados, sino muy abiertos, y no había modo de remediarlo. Y como íbamos costeano, creíamos que dondequiera que saltásemos en tierra la encontraríamos repleta de cisternas o pozos que cavaríamos. Siguiendo adelante nuestra ruta, vimos desde los navíos un pueblo, y antes de él, aproximadamente a una legua había una ensenada, que parecía un río o arroyo, y decidimos echar el ancla. Y como en aquella costa baja mucho el nivel del mar y quedan muy

en seco los navíos, por temor de ello anclamos a más de una legua de tierra. En el navío menor, con todos los botes, saltamos en aquella ensenada, sacando todas nuestras vasijas para tomar agua, y con muy buen orden de armas, ballestas y escopetas saltamos en tierra a poco más de mediodía, y habría desde el pueblo adonde desembarcamos cerca de una legua. Junto allí había unos pozos y maizales y caseríos de cal y canto; este pueblo se llama Potonchán. Llenamos nuestros toneles de agua, pero no los pudimos llevar por la multitud de guerreros que arremetió contra nosotros. Esto se quedará aquí, y a continuación contaré los combates que nos dieron.

Capítulo IV. De los combates que nos dieron estando en las tierras y maizales de Potonchán

Cuando llenamos nuestros toneles y vasijas de agua, vinieron por la costa muchos escuadrones de indios del pueblo de Potonchán, que así se llama, con sus armaduras de algodón que les llegaban hasta la rodilla, y arcos, flechas y lanzas, escudos y espadas tan enormes que parecen para empuñarse con las dos manos, y hondas y piedras, y con los penachos de plumas que ellos suelen usar puestos en la cabeza. Llevaban las caras pintadas de blanco y de rojo muy oscuro, y venían callados. Llegaron derechos a nosotros, pareciendo que nos venían a ver en son de paz, y por señas nos dijeron que si veníamos de donde sale el sol, y respondimos por señas que de donde sale el sol veníamos. Estuvimos pensando entonces qué podían significar aquellas palabras que nos decían y que antes nos habían dicho también los de Lázaro, pero nunca llegamos a entenderlo bien. Cuando sucedió esto sería como en la hora de las Avemarías, a última hora de la tarde. Y se fueron a unos caseríos que estaban cerca, y nosotros pusimos centinelas y espías para estar a buen recaudo, porque no nos pareció bien aquel grupo de gente juntado de aquella manera. Estuvimos velando toda la noche, y entonces oímos venir a un gran escuadrón de indios de las haciendas y del pueblo, y todos pertrechados para combatir. Cuando vimos aquello, bien comprendimos que no se juntaban para hacernos ningún bien, y empezamos a decidir lo que haríamos; y unos soldados aconsejaban que fuésemos a embarcarnos enseguida. Y como sue-

le suceder en tales casos, unos dicen una cosa y otros dicen otra. La mayor parte de los compañeros fue de la opinión de que, si nos íbamos a embarcar, como eran muchos indios, caerían sobre nosotros y habría riesgo para nuestras vidas. Y otros estábamos de acuerdo en que esa noche les atacásemos nosotros, que, como dice el refrán, quien acomete, vence; y también nos pareció que por cada uno de nosotros había algo más de doscientos indios.

Estando en estos debates amaneció, y dijimos unos soldados a otros que estuviésemos con muchos ánimos para pelear y nos encomendásemos a Dios para procurar salvar nuestras vidas. Ya era de día cuando vimos venir por la costa muchos más guerreros indios, con sus banderas tendidas, sus penachos de plumas y tambores, y se juntaron con los primeros que habían venido la noche anterior. Y con toda rapidez, formados sus escuadrones, nos cercaron por todas partes. Nos arrojaron tal cantidad de flechas, varas, piedras tiradas con hondas, que hirieron a más de ochenta de nuestros soldados, y se acercaron más a nosotros para combatirnos, unos con lanzas y otros disparándonos, y también con espadas de navajas (que parece que son espadas de a dos manos) de forma que nos tenían en una situación difícil, aunque les acometíamos con mucho ímpetu a estocadas y cuchilladas, y nuestras escopetas y ballestas no paraban tampoco, unas tirando y otras preparando las flechas para disparar. Cuando sintieron las grandes cuchilladas y estocadas que les dábamos, se apartaron un poco de nosotros, pero no se fueron lejos; y esto lo hicieron para flecharnos y tirarnos al blanco mientras ellos se hallaban a resguardo. Cuando estábamos en esta batalla, los indios se llamaban entre sí, decían: «Al Calachioni, Calachioni»; que en su lengua quiere decir que arremetiesen al capitán o le matasen. Le dieron diez flechazos, y a mí me dieron tres, y uno de ellos fue muy peligroso, que me traspasó el costado izquierdo; y a todos nuestros soldados dieron grandes lanzadas, y a dos de ellos los mataron, que fueron uno Alonso Boto y el otro un portugués viejo.

Nuestro capitán veía que no bastaba nuestro buen pelear, y que nos rodeaban muchos escuadrones y venían muchos más de relevo del pueblo y les traían de comer y beber además de muchas más

flechas, mientras que nosotros estábamos todos heridos, cada uno por dos o tres flechazos, y había tres soldados con los gznates atravesados de lanzadas, y el capitán iba echando sangre por muchas partes (ya nos habían matado a alrededor de cincuenta soldados). Viendo que no teníamos fuerzas para resistir ni pelear contra ellos, acordamos con ánimo romper por el medio sus batallones y refugiarnos en los botes que teníamos en la costa, que estaban muy a mano; los cuales fueron un buen socorro. Y formando todos nosotros un escuadrón, rompimos sus filas pasando a través de ellos, oyendo las voces, gritos y silbidos que nos lanzaban mientras nos seguían siempre hiriendo con sus flechazos y dándonos golpes empuñando sus lanzas con ambas manos.

Todavía tuvimos otro percance: que como nos refugiarnos súbitamente todos en los botes y éramos muchos, no podían con todo nuestro peso y se hundían; y como mejor pudimos, asiéndonos a los bordes y medio sumergidos, medio nadando, llegamos al navío de menor tamaño, que ya venía con gran prisa a socorrernos. Y al embarcar los indios hirieron a muchos de nuestros soldados, en especial a los que iban asidos a las popas de los botes; y les disparaban manteniéndose a resguardo, e incluso entraban en el mar con las lanzas y daban golpes con todas sus fuerzas. Y con mucho trabajo quiso Dios que escapáramos con vida del poder de aquellas gentes. Ya embarcados en los navíos, hallamos que faltaban cincuenta y siete soldados, incluyendo a los dos que mataron; y echamos al mar de ahí a pocos días a cinco más, que se murieron de las heridas y de la gran sed que pasábamos. Estuvimos peleando en aquellas batallas cerca de una hora. Este pueblo se llama Potonchán, y en los mapas de navegación los pilotos y marineros le pusieron de nombre Costa de Mala Pelea. En cuanto nos vimos a salvo de aquellas luchas, dimos muchas gracias a Dios. Cuando estábamos los soldados curándonos las heridas, se quejaban algunos de ellos del dolor que sentían, que como se habían enfriado y con el agua salada estaban muy hinchadas. Y algunos soldados maldecían al piloto Antón de Alaminos, a su viaje y a su descubrimiento de la isla, porque siempre insistía en que no habíamos descubierto ningún continente. Aquí lo dejo y diré lo que nos sucedió después.

Capítulo V. Cómo acordamos volvernos a la isla de Cuba y de las grandes penalidades que tuvimos hasta llegar al puerto de La Habana

Después de que nos vimos en los navíos de la manera que tengo dicha, dimos muchas gracias a Dios, y, curados los heridos (que no quedó ninguno de cuantos allí nos hallamos que no recibiese dos, tres o cuatro heridas, y el capitán recibió diez; solo un soldado quedó sin ser herido), acordamos volvernos a Cuba. Y como estaban heridos la mayoría de los marineros, no teníamos quién navegase y gobernase las velas. Dejamos un navío de menos tamaño en el mar, y le prendimos fuego, después de haber sacado las velas, anclas y cables, y de repartir a los marineros que estaban sin heridas en los dos navíos restantes. Pero teníamos un trastorno mayor, que era la gran falta de agua, porque los toneles y barriles que habíamos llenado en Champotón, con la gran guerra que nos dieron y con la prisa de refugiarnos en los botes, allí se quedaron y no se pudieron llevar. Digo que tanta sed pasamos que las lenguas y bocas las teníamos hechas grietas de la sequedad, pues no había ninguna otra cosa para refrescarnos. ¡Oh, qué cosa tan trabajosa es ir a descubrir tierras nuevas, y de la manera que nosotros nos aventuramos a hacerlo! No lo pueden comprender excepto los que han pasado por estas excesivas penalidades.

De manera que con todo esto íbamos navegando muy pegados a la costa, para intentar hallarnos en el paraje de algún río o bahía y poder tomar agua, y a los tres días vimos una ensenada que parecía una bahía y creímos que quizás allí hubiese un río o una ría que

tendría agua. Saltaron a tierra quince marineros de los que se habían quedado en los navíos que no tenían ninguna herida, y tres de los soldados que estaban menos heridos de los flechazos, y llevaron azadones y tres barriles para coger agua. La ría era de agua salada, por lo que hicieron unos pozos en la costa, y también su agua era igual de mala y salada y amargaba tanto como la de la ría. Trajeron las vasijas llenas de aquella agua mala y amarga, y no había hombre que la pudiese beber, y a unos soldados que la bebieron les dañó los cuerpos y las bocas. Y había en aquella ría muchos grandes lagartos, y desde entonces se le puso por nombre la ría de Los Lagartos, y así está en los mapas de navegación. Entretanto que fueron los botes por el agua, se levantó un viento nordeste tan furioso que íbamos con los barcos arrastrando el ancla.

Como en aquella costa corre persistentemente el viento del norte y del nordeste, y como vieron aquel tiempo los marineros que habían ido a tierra a por el agua, vinieron mucho más deprisa con los botes y tuvieron tiempo de echar otras anclas y maromas, y estuvieron los navíos seguros dos días y dos noches, y luego alzamos anclas y nos hicimos a la mar para proseguir nuestro viaje a la isla de Cuba. El piloto Alaminos decidió y aconsejó a los otros dos pilotos que desde aquel paraje donde estábamos pasásemos a La Florida, porque hallaba por sus mapas y mediciones de latitudes y longitudes que estaría de allí aproximadamente a setenta leguas. Y después de ponernos en dirección a La Florida, dijo que era mejor viaje y travesía más corta para ir a La Habana que no la ruta por donde habíamos venido. Y así fue como lo dijo, porque, según yo supe, había venido con un tal Juan Ponce de León a descubrir La Florida haría ya catorce o quince años, y allí en aquella misma tierra le derrotaron y mataron a Juan Ponce. Tras cuatro días en que estuvimos navegando, vimos la tierra de la misma Florida, y lo que en ella nos acaeció diré a continuación.

Capítulo VI. Cómo desembarcamos en la bahía de la Florida veinte soldados con el piloto Alaminos a buscar agua, y del combate que allí nos dieron los indígenas de aquella tierra y de lo que más pasó hasta volver a La Habana

Llegados a la Florida, acordamos que desembarcasen en tierra veinte soldados, aquellos que estaban más sanos de las heridas, y yo fui con ellos y también el piloto Antón de Alaminos, y sacamos las vasijas para el agua, los azadones y nuestras ballestas y escopetas. Como el capitán estaba muy malherido, y con la gran sed que pasaba estaba muy debilitado, nos rogó que fuera como fuese le trajésemos agua dulce, que estaba seco y se moría de sed, porque el agua que había era salada y no se podía beber, como antes he dicho. Llegados que fuimos a tierra, cerca de una desembocadura de un río, el piloto Alaminos reconoció la costa y dijo que había estado en aquel paraje con Juan Ponce de León, cuando vino a descubrir aquella costa, y que allí les habían atacado los indios de aquella tierra y les habían matado muchos soldados, y que estuviésemos muy prevenidos y con cuidado. Enseguida pusimos de espías a dos soldados y en una playa muy ancha hicimos pozos bien hondos donde nos pareció que podía haber agua dulce, porque en aquel momento descendía la marea. Y quiso Dios que topásemos con agua buena, y con la alegría estuvimos allí cerca de una hora hasta hartarnos de ella y lavar paños para curar a los heridos.

Y ya que queríamos volver a embarcarnos con nuestra agua, muy alegres, vimos venir a un soldado de los dos que habíamos puesto vigilando en la playa, dando muchas voces y diciendo: «¡A las armas, a las armas, que vienen muchos indios guerreros por tie-

rra y otros en canoas por la desembocadura!». Y los indios llegaron contra nosotros casi que a la par que el soldado dando voces. Traían arcos muy grandes y buenas flechas, lanzas y una especie de espadas, iban vestidos con pieles de ciervo y eran muy corpulentos; y vinieron directos a flecharnos, e hirieron enseguida a seis de nosotros, y a mí me dieron un flechazo de poca importancia. Les acometimos con tanto ímpetu a cuchilladas y estocadas, y con las escopetas y las ballestas, que nos dejaron y se fueron a la desembocadura, a ayudar a sus compañeros que venían en las canoas, donde estaban con los marineros, que también andaban peleando cuerpo a cuerpo con los indios de las canoas. E incluso les habían ya tomado el bote y se lo llevaban arriba por la desembocadura con sus canoas, y habían herido a cuatro marineros y al piloto Alaminos en la garganta. Les atacamos con el agua a más de la cintura y a estocadas les hicimos soltar el bote; y quedaron tendidos en la costa y en el agua veintidós de ellos, y capturamos a tres que estaban heridos de poca importancia, que se murieron en los navíos.

Después de pasada esta batalla, preguntamos al soldado que pusimos a vigilar qué sucedió con su compañero Berrio, que así se llamaba. Dijo que le vio apartarse con un hacha en las manos para cortar un palmito y que fue hacia la desembocadura por donde habían venido los indios, y en cuanto oyó las voces, que eran en español, vino a dar aviso y que entonces le debieron de matar. Solamente aquel soldado había quedado sin recibir ninguna herida en lo de Potonchán, y quiso su suerte que falleciese allí. Enseguida fuimos en busca de nuestro soldado por el rastro que habían dejado aquellos indios que nos atacaron, y hallamos la palmera que había comenzado a cortar, y cerca de ella muchas huellas, más que en otras partes, por lo que tuvimos por seguro que se lo llevaron vivo, porque no había rastro de sangre. Le estuvimos buscando por todas partes más de una hora, dando voces y gritando, y sin saber más de él nos volvimos a embarcar en los botes; y llevamos el agua dulce, con lo que se alegraron todos los soldados como si entonces les diéramos la vida. Un soldado se arrojó desde el navío a uno de los botes, y con la gran sed que tenía se tomó una vasija de un tirón, y se bebió tanta agua que se le hinchó el estómago y murió de ahí a dos días.

Y embarcados con nuestra agua y metidos los botes en los barcos, zarpamos para La Habana. Aquel día y su noche, que hizo buen tiempo, los pasamos junto a unas isletas, que son unos arrecifes que llamaron los arrecifes de los Mártires. E íbamos con los barcos a cuatro brazas de profundidad como máximo, y la nao capitana dio entre una especie de isletas, y se llenó de agua, tanta que incluso bombeándola todos los soldados que íbamos en ella no podíamos estancarla, y estábamos con temor de hundirnos. Traíamos con nosotros a unos marineros rebeldes, y les decíamos: «Hermanos, ayudad a desaguar el barco con la bomba, pues veis que estamos todos muy malheridos y cansados de toda la jornada, que nos vamos al fondo». Y respondían los rebeldes: «Hacedlo vos, pues no ganamos sueldo alguno, sino hambres, sed, trabajos y heridas, como vosotros». De manera que les obligábamos a que ayudasen, y aunque tan malos y heridos íbamos, dirigíamos las velas y sacábamos el agua con la bomba, hasta que Nuestro Señor nos llevó al Puerto de Carenas, donde ahora está situada la villa de La Habana, que en otro tiempo solía llamarse el Puerto de Carenas. Y cuando nos vimos en tierra, dimos muchas gracias a Dios.

Enseguida extrajo el agua de la capitana un buzo portugués que estaba en aquel puerto. Y escribimos sin tardanza al gobernador Diego Velázquez, haciéndole saber que habíamos descubierto tierras con grandes poblaciones y casas de cal y canto; y que las gentes naturales de ellas llevaban vestidos de ropa de algodón y traían cubiertas sus vergüenzas, y tenían oro y labranzas de maizales, y otras cosas de las que no me acuerdo. Nuestro capitán, Francisco Hernández, se fue desde allí por tierra a una villa que se llamaba Santispiritus, de donde era vecino y tenía su encomienda de indios. Y como iba malherido murió después de diez días, y todos los demás soldados nos fuimos cada uno por nuestro lado. En La Habana se murieron tres soldados de las heridas, y nuestros navíos fueron al Puerto de Santiago, donde estaba el gobernador.

Después de que hubieron desembarcado los dos indios que tomamos en la punta de Cotoche, que se llamaban Melchorejo y Julianillo, sacaron la pequeña caja con las diademas y los patos, pescadillos y otras piecicillas de oro, y también muchos ídolos: ensalzaron

todo tanto que a todas las islas, tanto a Santo Domingo como a Jamaica, e incluso a Castilla, llegó fama de ello, y se decía que no se habían descubierto otras tierras mejores en el mundo. Cuando la gente vio los ídolos de barro de tantas formas y figuras, decían que eran de tiempos de la Antigüedad. Otros decían que eran los ídolos de los judíos que desterraron los emperadores Tito y Vespasiano de Jerusalén, que expulsaron al mar en unos navíos que habían desembarcado en aquella tierra. Y como en aquel tiempo no se había descubierto el Perú ni se descubrió de ahí a veinte años, se tenía en mucha estima aquella tierra. Otra cosa más preguntaba Diego Velázquez a aquellos indios: que si había minas de oro en su tierra; y por señas a todo le daban a entender que sí. Y les mostraron oro en polvo, y decían que había mucho en su tierra. No le dijeron la verdad, porque está claro que ni en la punta de Cotoche ni en todo Yucatán hay minas ni de oro ni de plata. También les mostraban a los indios los montones donde siembran las plantas de cuyas raíces se hace el pan cazabe, que en la isla de Cuba se llama «yuca»; y los indios decían que tenían esas plantas también en su tierra, y las llamaban «tlati» por la tierra en que las plantaban; de manera que «yuca» con «tlati» quiere decir Yucatán. Los españoles que estaban hablando juntamente con los indios le decían a Velázquez: «Señor, dicen estos indios que su tierra se llama Yucatán». Y se quedó de este modo con este nombre, que en su lengua no se llama así.

Dejemos esta plática y diré que todos los soldados que fuimos en aquel viaje a descubrir gastamos la pobre hacienda que teníamos, y heridos y arruinados volvimos a Cuba, y aun así nos consideramos afortunados por haber vuelto y no haber muerto con los demás compañeros; cada soldado se fue por su lado, y el capitán como ya he dicho enseguida murió. Estuvimos muchos días sanando de las heridas, y por nuestra cuenta contamos que murieron cincuenta y siete hombres de la expedición. Y esta ganancia trajimos de aquella salida y aquel descubrimiento. Diego Velázquez escribió a Castilla, a los señores magistrados que mandaban en el Real Consejo de Indias, que él había hecho aquel descubrimiento y había gastado en él mucha cantidad de pesos de oro. Y así lo decía y publicaba don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo

de Rosano (porque así se nombraba a sí mismo), porque era presidente del Consejo de Indias. Y así se lo escribió a Su Majestad, que estaba en Flandes, dando mucho favor en sus cartas a Diego Velázquez, y sin acordarse en nada de nosotros, que lo descubrimos todo. Esto se quedará aquí, y diré a continuación las penalidades que me acaecieron a mí y a otros tres soldados.

Libros del Asteroide

Capítulo VII. De las penalidades que tuve hasta llegar a una villa que se llama La Trinidad

Ya he dicho que nos quedamos en La Habana algunos soldados que no habíamos sanado aún de los flechazos. Ya que estábamos mejor, tres soldados nos pusimos de acuerdo para ir a la villa de La Trinidad con un vecino de la misma Habana que se llamaba Pedro de Ávila, que iba asimismo a realizar aquel viaje y llevaba una canoa para ir por la costa del sur, y la llevaba cargada de camisetitas de algodón para vender en la villa de La Trinidad. Ya he dicho antes que sus canoas están hechas de artesas grandes, cóncavas y huecas, y en aquellas tierras navegan con ellas a remo cerca de tierra. Y lo que acordamos con Ávila fue que le daríamos diez pesos de oro para que fuésemos en su canoa. Así pues, avanzando por la costa adelante, a veces remando y a ratos a vela, cuando ya habíamos navegado once días y nos encontrábamos en territorio de un pueblo de indios que se llamaba Canarreo, que era término de la villa de La Trinidad, de noche se levantó un viento tan fuerte que no pudimos sostenernos en el mar con la canoa. Pese a lo bien que remábamos todos nosotros y Pedro de Ávila y unos indios de La Habana que traíamos alquilados, que eran muy buenos remeros también, hubimos de dar al través entre unos peñascales, que los hay muy grandes en aquel paraje. De manera que se nos quebró la canoa y Ávila perdió su hacienda, y salimos malheridos y con las carnes desnudas, porque para ayudarnos y que no se quebrase la canoa y poder nadar mejor, tomamos la precaución de ir sin ninguna ropa. Ya es-

capados de aquel repentino viento, para ir a la villa de La Trinidad no había ningún camino por la costa, salvo por unos peñascales y terrenos desérticos de lava y guijarros afilados. Las olas siempre reventaban y daban contra nosotros, y además de todo estábamos sin nada que comer. Y por acortar otras penalidades que también podría contar, como la sangre que nos salía de las plantas de los pies y aún incluso de otras partes, lo dejaré aquí.

Quiso Dios que con mucho trabajo llegásemos a una playa de arena. Y después de que caminamos por ella dos días, llegamos a un pueblo de indios que se llamaba Yaguarama, el cual en aquel tiempo era del padre fray Bartolomé de las Casas. Por entonces fray Bartolomé era clérigo sacerdote, y después le conocí licenciado y fraile dominico, y llegó a ser obispo de Chiapa. Y en aquel pueblo nos dieron de comer. Al día siguiente llegamos a otro pueblo que se llamaba Chipiona, que era de unos tales Alonso de Ávila y Sandoval (no lo digo por el capitán Sandoval de la Nueva España, sino por otro Sandoval, natural de Tudela de Duero). Desde aquel pueblo fuimos a la villa de La Trinidad, y un amigo mío, natural de mi tierra, que se llamaba Antonio de Medina, me dio unos vestidos del estilo de los que se llevaban en la isla. Y desde allí, con mi pobreza y mi miseria, me fui a Santiago de Cuba, donde estaba el gobernador, y me recibió de buen modo. El cual andaba ya muy activo en los preparativos para organizar otra expedición, y cuando le fui a hablar y presentarle mis respetos, porque éramos parientes, se alegró mucho conmigo, y entre unas charlas y otras me preguntó que si estaba bueno de mis heridas para volver a Yucatán. Y riéndome, le respondí que quién le puso el nombre de Yucatán, que allá no lo llaman así. Y dijo que lo decían así los indios que habíamos traído. Yo respondí que mejor nombre sería «la tierra donde mataron a más de la mitad de los soldados que a aquella tierra fuimos, y todos los demás salimos heridos». Y respondió: «Bien sé que pasaste muchas penalidades, y así funciona lo de descubrir tierras nuevas para ganar honra. Su Majestad os lo gratificará, y yo así lo escribiré para pedírselo; y ahora, hijo, vuelve otra vez en la armada que estoy preparando, que yo mandaré al capitán Juan de Grijalva que os haga mucha honra».

Esto se quedará aquí, y ahora diré lo que más pasó. Aquí se acaba el descubrimiento que hizo Francisco Hernández y en su compañía Bernal Díaz del Castillo.

Libros del Asteroide

Capítulo VIII. Cómo Diego Velázquez, gobernador de la isla de Cuba, ordenó enviar una armada a las tierras que descubrimos, y fue como capitán de ella un hidalgo llamado Juan de Grijalva, pariente suyo, y otros tres capitanes, que más adelante diré sus nombres

En el año 1518, viendo el gobernador de Cuba el buen informe sobre la tierra que descubrimos, que se llama Yucatán, decidió enviar una armada, y para ella se buscaron cuatro navíos: dos de ellos fueron de los tres que llevamos con Francisco Hernández, y los otros dos navíos los compró Diego Velázquez nuevamente, con sus dineros. En aquel momento en que preparaba la armada, se hallaron presentes en Santiago de Cuba, donde residía Velázquez, Juan de Grijalva, Alonso de Dávila, Francisco de Montejo y Pedro de Alvarado, que habían ido a gestionar ciertos negocios con el gobernador, porque todos tenían encomiendas de indios en la misma isla y eran hombres importantes. Se acordó que Juan de Grijalva, que era pariente de Diego Velázquez, viniese en la expedición como capitán general, y que Alonso Dávila viniese como capitán de un navío, y Pedro de Alvarado de otro, y Montejo de otro, de manera que cada uno de estos capitanes llevó consigo víveres y provisiones de pan cazabe y tocinos, y Diego Velázquez puso de su parte, además de los cuatro navíos, algunos objetos de poca valía para intercambiar oro con los indígenas, y otras menudencias de legumbres. Y entonces me mandó Diego Velázquez que viniese con aquellos capitanes como alférez. Y como aquellas tierras tenían fama de que eran ricas y de que había en ellas casas de cal y canto, y el indio Julianillo, a quien trajimos de la punta de Cotoche, decía que allí había oro, a los vecinos y soldados que no tenían indios en la isla les

entró mucha codicia y ganas de venir a estas tierras, de manera que rápidamente nos juntamos doscientos cuarenta compañeros, y pusimos cada uno de la hacienda que teníamos dinero para provisiones, armas y otras cosas que hacían falta.

En este viaje volví yo con estos capitanes de alférez, como ya he dicho, y parece ser que las instrucciones que dio el gobernador fueron, según entendí, que consiguiesen mediante el trueque todo el oro y plata que se pudiese. Y si viesen que convenía poblar ciudades o se atrevían a ello, poblasen; y, si no, que volviesen a Cuba. Y vino como inspector de la armada uno que se llamaba Peñalosa, natural de Segovia, y trajimos un clérigo llamado Juan Díaz, natural de Sevilla, y a los dos pilotos que habíamos traído también antes, que se llamaban Antón de Alaminos, de Palos, y Camacho, de Triana, y a Juan Álvarez el Manquillo, de Huelva, y a otro que se llamaba Sopena, natural de Moguer. Antes de que meta la pluma en lo de los capitanes, porque nombraré algunas veces a estos hidalgos que he dicho que venían en la armada, y parecerá cosa descortés mencionarles secamente sus nombres, sepan que después fueron personas que recibieron títulos, porque Pedro de Alvarado fue adelantado y gobernador de Guatemala y comendador de la Orden de Santiago, y Montejo fue adelantado de Yucatán y gobernador de Honduras. Alonso Dávila no tuvo tanta suerte como los demás, porque le apresaron los franceses, como más adelante diré. Y por esta razón no les mencionaré sino con sus propios nombres, hasta que tuvieron gracias a Su Majestad los títulos por mí mencionados.

Quiero que volvamos a nuestro relato. Y diré cómo fuimos con los cuatro navíos por la banda del norte a un puerto que se llama Matanzas, que está cerca de La Habana vieja, que en aquel tiempo la villa no estaba situada donde está ahora; y en aquel puerto tenían la mayoría de los vecinos de La Habana sus granjas y haciendas. Allí se proveyeron nuestros navíos del pan cazabe y de la carne de cerdo que he mencionado, porque no había vacas ni carneros, ya que aquella isla se había ganado recientemente. Y allí nos juntamos, tanto capitanes como soldados, para hacer nuestro viaje.

Antes de que avance, y aunque vaya fuera de nuestra historia, quiero decir por qué causa llamaban a aquel puerto Matanzas. Y

esto traigo aquí a la memoria porque ciertas personas me han preguntado la causa de su nombre. Aquel nombre se le puso por esto que diré: antes de que aquella isla de Cuba se conquistase, un navío naufragó en aquella costa, cerca del río y del puerto que he dicho que se llama Matanzas; y venían en el navío cerca de treinta españoles y dos mujeres. Para hacerles cruzar el río, porque es muy grande y caudaloso, vinieron muchos indios de La Habana y de otros pueblos. Estos indios vinieron con la intención de matarlos; y como no se atrevieron a atacarlos en tierra, con buenas palabras y halagos les dijeron que los querían pasar a la otra orilla en sus canoas y llevarlos a sus pueblos para darles de comer. Ya iban con ellos en las canoas los españoles a la mitad del río cuando las volcaron y los mataron. No quedaron vivos salvo tres hombres y una mujer, que era hermosa, y se la llevó un cacique de los que hicieron aquella traición, y a los tres españoles se los repartieron entre sí los demás caciques. Y por esta causa se le puso aquel nombre de puerto de Matanzas. Yo conocí a la mujer, porque, después de ganada la isla de Cuba, se la quitaron al cacique en cuyo poder estaba, y la vi casada, en la misma isla de Cuba, en una villa que se llama La Trinidad, con un vecino que se llamaba Pedro Sánchez Farfán. Y también conocí a los tres españoles: el primero se llamaba Gonzalo Mejía, y era un hombre anciano, natural de Jerez; el otro se llamaba Juan de Santisteban, y era un joven natural de Madrigal, y el último se llamaba Cascorro, un hombre de mar, natural de Moguer.

Mucho me he detenido en contar cosas viejas, y dirán que por decir las interrumpí mi historia. Volvamos a ella. Ya que estábamos reunidos todos nuestros soldados, y estaban dadas las instrucciones que los pilotos habían de llevar y puestas las señas de los faros para la noche, y después de haber oído misa, el día 8 de abril de 1518 izamos las velas; y en diez días doblamos la punta de Guaniguanico, que por otro nombre se llama de San Antón, y vimos la isla de Cozumel, que entonces la descubrimos, porque los navíos fueron arrastrados por las corrientes más abajo que cuando vinimos con Francisco Hernández de Córdoba. Cuando rodeábamos la isla por la costa del sur, vimos un pueblo de pocas casas, y allí cerca un lugar adecuado para anclar los navíos y limpio de arceci-

fes. Saltamos en tierra con el capitán un buen puñado de soldados. Los indígenas de aquel pueblo se habían ido huyendo en cuanto vieron venir el navío a la vela, porque nunca habían visto una cosa igual. Y los soldados que saltamos a tierra hallamos en unos mazaes a dos viejos que no podían andar, y se los llevamos al capitán; y con los indios Julianillo y Melchorejo, que trajimos cuando lo de Francisco Hernández, que entendían muy bien aquella lengua, les habló, porque entre su tierra y aquella isla de Cozumel no hay de distancia sino cerca de cuatro leguas, y su lengua es la misma. Y el capitán agasajó a los dos viejos y les dio unos pequeños collares de cuentas, y les envió a llamar a los caciques de aquel pueblo; y fueron y nunca volvieron.

Mientras los estábamos aguardando, vino una india joven, de buen parecer, y comenzó a hablar en la lengua de Jamaica, y dijo que todos los indios e indias de aquel pueblo se habían ido huyendo de miedo a los montes. Y como muchos de nuestros soldados y yo entendimos muy bien aquella lengua, que es como la de Cuba, nos asombramos de verla y le preguntamos que cómo estaba allí; y dijo que haría dos años que naufragó con una canoa grande, en la que iban a pescar desde la isla de Jamaica a unas isletas diez indios jamaicanos, y que las corrientes les echaron en aquella tierra. Los indios mataron a su marido, y a todos los demás indios jamaicanos, sus compañeros, los sacrificaron a los ídolos. El capitán, como vio que la india sería buena mensajera, la envió a llamar a los indios y caciques de aquel pueblo, y le dio de plazo dos días para que volviese, porque los indios Julianillo y Melchorejo temíamos que si se apartaban de nosotros se irían a su tierra, que está cerca; y por esta causa no nos atrevíamos a enviarlos a ellos.

Volvamos a la respuesta que nos trajo la india de Jamaica: que no quería venir ningún indio, por más palabras que les decía. Pusimos de nombre a este pueblo Santa Cruz, porque entramos allí el día de la festividad de la Santa Cruz. Había en él muy buenos colmenares de miel, buenas patatas y muchos puercos de la tierra o pecarís, que tienen el ombligo sobre el espinazo. Había en la isla tres pueblos: este en el que desembarcamos era el mayor, y los otros poblezuelos eran más chicos y estaban cada uno en una punta de la isla. Yo

los vi y anduve por ellos cuando volví por tercera vez con Cortés; y tendrá esta isla un perímetro de unas dos leguas. Y volvamos a decir que como el capitán Juan de Grijalva vio que era una pérdida tiempo estar allí esperando, mandó que nos embarcásemos. La india de Jamaica se fue con nosotros, y proseguimos nuestro viaje.

Libros del Asteroide

Capítulos IX-XII

La expedición continúa y llegan a Champotón (al que antes Bernal se ha referido también como Potonchán), donde vuelven a entrar en combate con los indígenas, de los que se cobran la venganza. Tras esta batalla, en la que mueren siete miembros de la expedición y el capitán Juan de Grijalva recibe tres flechazos, la navegación prosigue y descubren la boca de un río a la que bautizan como Boca de Términos. Poco después llegan a Tabasco y descubren el río de Grijalva. En Tabasco, un grupo de indios que tiene noticias de los pasados combates les recibe en son de paz y les regala joyas de oro y otros obsequios, además de hablarles por primera vez de México.

Nos trajeron también unas mantas y camisetas de las que ellos usan, y dijeron que recibiésemos aquello con buena voluntad, y que no tienen más oro que darnos; que más adelante, hacia donde se pone el sol, hay mucho. Y decían «Culúa, Culúa» y «México, México»; y nosotros no sabíamos qué cosa era Culúa ni tampoco México. Aunque no valía mucho aquel presente que trajeron, nos agradó por averiguar que tenían oro. En cuanto nos presentaron los regalos, dijeron que nos fuésemos de allí enseguida. El capitán Juan de Grijalva les dio las gracias por ellos, y unas cuentas verdes.

La navegación continúa hasta el descubrimiento de un cauce fluvial al que ponen el nombre de río de Alvarado, y de otro al que

bautizan como el río de Banderas, porque estaban en él muchos indios con lanzas grandes, y en cada lanza una bandera hecha de mantas grandes, agitándolas y llamádonos.

Libros del Asteroide

Capítulo XIII. Cómo llegamos al paraje del río de Banderas y de lo que allí se hizo

Ya habrán oído decir en España a algunos curiosos lectores y otras personas que han estado en la Nueva España que México es una ciudad muy grande y edificada en el agua como Venecia. Y había en ella un gran señor que era rey en estas tierras de muchas provincias y dominaba todas aquellas tierras de la Nueva España, que son dos veces más grandes que nuestra Castilla. El cual señor se llamaba Montezuma y, como era tan poderoso, quería saber y dominar hasta más de lo que podía y le era posible. Tuvo noticia de la primera vez que vinimos con Francisco Hernández de Córdoba, de lo que nos sucedió en la batalla de Cotoche y en la de Champotón, y ahora de la batalla en este viaje con los mismos de Champotón. Y supo que, aun siendo nosotros pocos soldados y los de aquel pueblo y otros confederados que se juntaron con ellos muchos, les derrotamos, y cómo entramos en el río de Tabasco y lo que en él pasamos con los caciques de aquel pueblo y, en fin, entendió que nuestro objetivo era buscar oro, y conseguirlo a cambio del trueque que traíamos; y todo se lo habían llevado pintado en unos paños que hacen de henequén, que es como lino. Como supo que íbamos bordeando la costa hacia sus provincias, mandó a sus gobernadores que, si llegásemos por allí con los navíos, que procurasen intercambiar oro con nuestras cuentas, en especial con las verdes, que se parecían un poco a sus chalchihuis, que valoran como si fuesen esmeraldas; y también lo mandó para saber y averiguar más enteramen-

te acerca de nuestras personas y cuál era nuestra intención. Lo más cierto que pudimos averiguar era que sus antepasados les habían dicho que vendrían gentes con barbas de donde sale el sol que los habían de dominar.

Ahora, fuese por esto o por lo otro, estaban vigilantes muchos indios del gran Montezuma apostados en aquel río, con unas lanzas muy largas, y en cada lanza una bandera de manta de algodón blanca, enarbolándolas como si fuesen señas de paz y llamándonos para que fuésemos adonde estaban. En cuanto vimos desde los navíos cosas tan nuevas, nos admiramos; y para saber de qué se trataban fue acordado por el general con los demás capitanes que echásemos dos botes en el agua, y que saltasen en ellos todos los ballesteros y escopeteros y veinte soldados de los más ágiles y rápidos, y que Francisco de Montejo fuese con nosotros; y que si viésemos que era gente en son de guerra los que estaban con las banderas, o que sucediese cualquier otra cosa, que se lo hiciésemos saber sin tardanza.

En aquella ocasión quiso Dios que el mar estuviese sosegado en aquella costa, lo cual pocas veces suele suceder. Y cuando llegamos a tierra, hallamos a tres caciques, de los cuales uno de ellos era gobernador de Montezuma y tenía muchos indios a su servicio. Tenían allí gallinas de la tierra y pan de maíz, de lo que ellos suelen comer, y de frutas piñas y zapotes, que en otras partes llaman a los zapotes mameyes. Estaban debajo de la sombra de unos árboles, con unas esteras puestas en el suelo; y en ellas, por señas, nos mandaron sentarnos, porque Julianillo, el de la punta de Cotoche, no entendía aquella lengua, que es la mexicana; y luego trajeron braseiros de barro con ascuas y nos sahumaron con un incienso. El capitán Montejo le hizo saber todo lo aquí relatado al general; y él entonces mandó atracar allí con todos los navíos, y saltó en tierra con los capitanes y soldados. Cuando aquellos caciques y gobernadores le vieron en tierra y supieron que era el capitán general de todos, a su usanza le hicieron grandes reverencias; y él les hizo muchos agasajos y mandó darles diamantes azules y cuentas verdes, y por señas les dijo que trajesen oro para intercambiar mediante nuestros trueques. Tras lo cual el indio gobernador mandó inmediatamente

a sus indios que trajesen de todos los pueblos comarcanos las joyas de oro que tenían para intercambiar, y en seis días que allí estuvimos trajeron más de diez y seis mil pesos en joyezuelas de oro mezclado con cobre y de muchas formas y figuras. Esto debe ser lo que dicen los cronistas Gómara, Illescas y Jovio que nos dieron en Tabasco, y así lo escriben, como si fuera verdad, pero es cosa sabida que en la provincia del río de Grijalva y en todos sus alrededores no hay oro, exceptuando muy pocas joyas de sus antepasados.

Dejemos esto y pasemos adelante. Acto seguido tomamos posesión de aquella tierra en nombre de Su Majestad. Después de hecho esto, el capitán general habló con los indios para decirles que íbamos a embarcarnos, y les dio unas camisas de Castilla. Y allí cogimos a un indio que llevamos en los navíos, el cual después que entendió nuestra lengua se volvió cristiano y se llamó Francisco; y después le vi casado con una india.

Volvamos a nuestro discurso. Como vio el capitán que no traían más oro que intercambiar y hacía ya seis días que estábamos allí, y los navíos corrían riesgo por dar el viento del norte y nordeste, mandó que nos embarcásemos. Siguiendo por la costa adelante, vimos una isleta que bañaba el mar y tenía la arena blanca, y estaría al parecer a alrededor de tres leguas de tierra; le pusimos el nombre de isla Blanca, y así está en los mapas de navegación. No muy lejos de esta isleta blanca vimos otra isla en la que había muchos árboles verdes, y estará a cuatro leguas de la costa, y le pusimos por nombre isla Verde. Y yendo más adelante, vimos otra isla algo mayor que las demás, y estaría a una legua y media de tierra; allí enfrente de ella había un buen fondeadero, y el capitán mandó que anclásemos. Y echados los botes en el agua, fue Juan de Grijalva con muchos de nosotros los soldados a ver la isleta, porque había casas en ella. Hallamos dos casas hechas de cal y canto bien labradas, y en cada casa unas gradas, por donde subían a una especie de altares, y en aquellos altares tenían unos ídolos de malvadas figuras, que eran sus dioses. Allí hallamos cinco indios sacrificados de aquella noche, y tenían los pechos abiertos y los brazos y muslos cortados, y las paredes de las casas se encontraban llenas de sangre. Todo lo cual nos asombró enormemente, y pusimos de nom-

bre a este lugar isla de Sacrificios, y así está en los mapas de navegación. Allí enfrente de aquella isla saltamos todos a tierra en unos arenales grandes que allí hay, donde hicimos cabañas y chozas con ramas y con las velas de los navíos. Se habían acercado a aquella costa muchos indios que traían para hacer trueques alhajas de oro, como en el río de Banderas. Según supimos después, el gran Montezuma mandó que viniesen con ellas, y los indios que las traían estaban temerosos. Era muy poco lo que traían, de manera que el capitán mandó que los navíos alzasen anclas e izasen velas y fuésemos a atracar enfrente de otra isleta que estaba a una media legua de tierra. Esta isla se encuentra donde ahora está el puerto de Veracruz. Y diré a continuación lo que allí nos sucedió.

Capítulos XIV-XVI

Desembarcan en la isleta de San Juan de Ulúa, que se convertirá en un famoso puerto de mercancías de la Nueva España. A pesar de las ganas que Grijalva tiene de poblar aquellas tierras, las provisiones escasean y necesitan refuerzos en la tropa, por lo que deciden enviar a pedir socorro a Diego Velázquez.

Pedro de Alvarado vuelve a Cuba a dar noticias de la expedición y sus descubrimientos. Velázquez, antes preocupado por la falta de noticias (pues había incluso enviado una armada de rescate al mando de Cristóbal de Olid, que finalmente tuvo que volver a la isla debido a un fuerte temporal), queda encantado, especialmente con la promesa de nuevas riquezas.

Cuando los oficiales del rey recaudaron el real quinto que le correspondía a Su Majestad, estaban todos asombrados de cuán ricas tierras habíamos descubierto, porque el Perú no se descubrió de ahí a veinte años. Como Pedro de Alvarado se lo sabía exponer muy bien, dicen que Diego Velázquez no hacía sino abrazarlo, y en ocho días no pararon de tener gran regocijo y jugar torneos con los caballos. Y si antes aquellos lugares tenían mucha fama de ricas tierras, ahora, con este oro, esta fama se engrandeció mucho más en todas las islas y en Castilla.

Mientras tanto, la armada llega hasta la provincia de Pánuco, descubriendo el gran río Coatzacoalcos (Guazacualco) y el pue-

blo de Tonalá, donde truecan con los indios más de seiscientas hachas de cobre (pensando que también eran de oro).

También quiero contar cómo yo sembré unas pepitas de naranjas junto a otra casa de ídolos. Y fue de esta manera: que como había muchos mosquitos en aquel río, diez soldados nos fuimos a dormir a una casa alta de ídolos. Y junto a aquella casa las sembré, que las había traído de Cuba, porque se decía que veníamos a poblar. Y nacieron muy bien, porque los papas de aquellos ídolos, cuando vieron que eran plantas diferentes de las suyas, las cuidaban, regaban y limpiaban. De allí se llenó de naranjos toda aquella provincia. Bien sé que dirán que no vienen a propósito de mi relato estos cuentos viejos.

Finalmente, el viaje termina y regresan a Santiago de Cuba. Diego Velázquez está muy alegre con todo el oro que han conseguido traer, y se dispone a enviar una nueva armada.

Capítulo XVII. Cómo Diego Velázquez envió a España a un procurador para que Su Majestad le diese licencia para intercambiar oro con los indios, conquistar, poblar y repartir la tierra cuando estuviese pacificada

Aunque les parezca a los lectores que va fuera de nuestra historia esto que yo traigo aquí a la memoria, antes que entre en lo del valeroso capitán Hernán Cortés conviene que se diga, por las causas que adelante verán, y también porque en un mismo tiempo suceden dos o tres cosas a la vez, y por fuerza hemos de hablar primero de la que más viene a propósito. Y el caso es que, como ya he contado, cuando llegó el capitán Pedro de Alvarado a Santiago de Cuba con el oro que obtuvimos de las tierras que descubrimos, Diego Velázquez temió que antes de que él informase de ello a Su Majestad algún caballero favorito en la corte tendría noticia de aquellas tierras, se las pediría al emperador y se las robaría. Y por esta causa, envió a Castilla a su capellán, que se llamaba Benito Martín y entendía mucho de gestiones, con probanzas y cartas para don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rosano (que así se nombraba a sí mismo), y para el licenciado Luis Zapata y el secretario Lope de Conchillos, que en aquella época se encargaban de las cosas de las Indias. Diego Velázquez era muy servidor de ellos, en especial del obispo: les dio pueblos de indios en la misma isla de Cuba, que les sacaban oro de las minas; y por su parte ellos hacían mucho por las cosas de Diego Velázquez.

En aquel momento Su Majestad estaba en Flandes; Velázquez incluso les envió a aquellos caballeros joyas de oro de las que habíamos intercambiado, y no se hacía en el Real Consejo de Indias

sino lo que aquellos señores mandaban. Lo que enviaba a negociar Velázquez al capellán era que le diesen licencia para intercambiar oro, conquistar y poblar en todo el territorio que había descubierto y en el que en el futuro descubriese, y decía en sus informes y cartas que había gastado muchos miles de pesos de oro en el descubrimiento. Benito Martín fue a Castilla y negoció todo lo que le pidió, y todavía con más resultados de los previstos, porque trajo el nombramiento de Diego Velázquez como gobernador plenipotenciario de Cuba. Ya negociado lo aquí por mí ya dicho, el envío del nombramiento no llegó con la suficiente prisa, y antes el valeroso Cortés salió con otra armada. Lo dejaré aquí, tanto las gestiones de Benito Martín como la armada del capitán Cortés. Y contaré cómo estando escribiendo esta relación vi las crónicas de los cronistas Francisco López de Gómara y las del doctor Illescas y Jovio, que hablan sobre las conquistas de la Nueva España. Señalaré cuándo es falso lo que dice Gómara, y contaré los hechos tal y como sucedieron en realidad, de forma muy diferente a como los han escrito estos cronistas.

Capítulo XVIII. De los errores que escriben los cronistas Gómara e Illescas acerca de las cosas de la Nueva España

Estando escribiendo mi crónica, vi por casualidad lo que escriben Gómara, Illescas y Jovio sobre las conquistas de México y Nueva España, y cuando las leí y descubrí lo bien escritas que estaban, al lado de mi estilo tan grosero y poco elegante, dejé de escribir esta *Historia verdadera*, estando ya publicadas tan buenas historias. Con esto en mente, volví a leer y a mirar mejor los discursos y testimonios que escriben en sus historias, y me di cuenta de que de principio a fin no contaban lo que pasó en realidad en la Nueva España. Cuando hablaban acerca de las grandes ciudades y de cuántos vecinos habitaban en ellas, tanto les daba poner por escrito ochenta mil que ocho mil. En cuanto a aquellas grandes matanzas que dicen que hicimos, siendo nosotros cuatrocientos cincuenta soldados los que andábamos en guerra, ya bastante teníamos con defendernos y que no nos matasen o nos llevasen prisioneros; que incluso aunque los indios hubiesen estado todos atados no habríamos podido matar a tantos, sobre todo porque tenían sus armaduras de algodón, que les cubrían el cuerpo, y arcos, flechas, escudos, lanzas grandes, espadas de navajas como de a dos manos, que cortan más que las nuestras, y eran guerreros muy audaces.

Los cronistas por mí mencionados escriben que masacrábamos y cometíamos tantas crueldades que, según cuentan las historias, ni siquiera Atalarico, rey ferocísimo, y Atila, guerrero tan soberbio, mataron y cometieron tantas en los Campos Cataláunicos. Volvien-

do a nuestro asunto, también afirman que derrocamos y arrasamos muchas ciudades y templos, que se llaman cúes, y con ello les parece que agradan mucho a los oyentes que leen sus historias. No habían visto ni entendido nada de lo escribían, porque los verdaderos conquistadores y curiosos lectores que saben lo que pasó de verdad claramente les dirán que, si todo lo que se escribe en otras historias es como lo que escribieron sobre la Nueva España, será igual de falso. Lo curioso es que ensalzan a unos capitanes y denigran a otros, y dicen que estuvieron en las conquistas algunos que no se hallaron en ellas; y también dicen muchas más cosas, y de tal índole que, por ser tantas y equivocadas todas, no las declararé. Pues dicen otra cosa peor: que Cortés mandó secretamente hundir los navíos. No es así, porque por consejo de todos los soldados y mío mandó hundirlos a la vista de todos, para que la tripulación nos ayudase a vigilar y a guerrear. Todo lo que escriben está plagado de falsedades. ¿Para qué uso yo tanto la pluma en contar cada una de esas cosas si solo me sirve para gastar papel y tinta? Yo los maldigo, por más bueno que sea su estilo.

Dejemos este discurso y volveré a mi materia, que, después de bien examinado todo lo que aquí he dicho de que todo lo que escriben acerca de lo acaecido en la Nueva España es un fraude, vuelvo a proseguir mi relación, porque la verdadera elegancia literaria consiste en decir la verdad en lo que se escriba. Considerando esto, decidí seguir con mi intento, con el adorno y el discurso que verán, para que se publique y los lectores vean cómo sucedieron las conquistas de la Nueva España claramente y como es debido. Con la pluma en la mano, quiero volver como el buen piloto que lleva la sonda por el mar, descubriendo los bajos, cuando siente que los hay; así haré yo cuando señale los errores de los cronistas. Pero será imposible señalarlos todos, porque, si uno a uno se hubiesen de escribir, sería como recoger las migajas en lugar de los verdaderos frutos de la vendimia. Con lo que diga en mi historia los cronistas podrán seguir exaltando y alabando al valeroso e intrépido capitán Cortés, así como a los fuertes conquistadores, pues tan gran empresa salió de nuestras manos. Pero, frente a lo que ellos escribieron, los que en aquellos tiempos nos hallamos como testigos de

vista contaremos la verdad, igual que ahora decimos las falsedades que contaron ellos; que ¿cómo tienen tanto atrevimiento y osadía de escribir tan falsa y mentirosamente, pues que sabemos que la verdad es una cosa bendita y sagrada, y que todo lo que contra ella dijeren estará maldito? Parece más bien que Gómara fue aficionado a hablar así de elogiosamente del valeroso Cortés. Y tenemos por seguro que le sobornaron, pues dedicó su crónica a su hijo, que ahora es marqués, en lugar de a nuestro rey y señor, a quien como súbdito se la debía de dedicar y ofrecer. Los señores del Real Consejo de Indias tendrían que mandar borrar los errores que en sus libros van escritos.